

DAVID LUNA LORENZO

# LABERINTO TENNEN

PRÓLOGO DE JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ MADRIGAL



En un futuro en el que la Nueva Inquisición ha sumido el mundo en una especie de neomedievo al prohibir el uso de la tecnología, Bastián, un joven con capacidades extrasensoriales, asediado por sueños desconcertantes y tal vez premonitorios, recibe la visita de dos tennen –poderosos paladines del bien y la justicia– que lo invitarán a acompañarlos y pasar de una precaria supervivencia como ladrón a una vida cargada de acontecimientos inimaginables.

Bajo las enseñanzas del comandante Lux.Zu, en la fortaleza de Albemuz, aprenderá las diversas técnicas tennen sin saber que forma parte de un complejo y misterioso plan que pretende desbaratar una confabulación para acabar con todo lo que suponga una amenaza al atenazado sistema establecido. La aventura sumergirá a Bastián en un viaje directo a la esencia misma del Mal, a la esencia misma del Bien y al corazón de su propia esencia en un laberinto onírico tal vez sin salida.

*Para Evita, que sabe colorear las sombras.*

*El que solo busca la salida no entiende el  
laberinto, y,  
aunque la encuentre, saldrá sin haberlo  
entendido.*

José Bergantín.

*Los sueños, esos pequeños trozos de muerte.  
Cómo los odio.*

Edgar Allan Poe.

*El sueño de la razón produce monstruos.*

Francisco de Goya.

*La búsqueda le da existencia al laberinto.*

Edgar Walker.

## Prólogo

---

Quizás ya estén al tanto de este caso, aunque lo lógico sería pensar que no, que no conocen a David Luna; él mismo afirma en su página web que comenzó a escribir de forma regular hace solo tres años y, tratándose de literatura fantástica, ese submundo editorial tan pequeño en España, ¿qué ha podido hacer nadie en sus primeros tres años de escritura, digamos, «seria», para darse a conocer más allá de su familia y amigos?

Sin embargo, yo creo que su nombre sí les estará sonando. A mí me suena desde hace casi un año, lo cual es todavía más raro.

Puede que lo conozcan porque ha conseguido publicar un buen puñado de relatos en diversos medios en tan poco tiempo. O porque tiene casi tantos premios como relatos en ese mismo período.

Si no es por los relatos y sus respectivos premios, quizás les suene su nombre por la novela corta *El ojo de Dios*, publicada este mismo año, que quedó finalista del veterano certamen Alberto Magno de ciencia ficción.

O, quizás, el motivo de que lo conozcan sea porque ha obtenido hace pocos meses el Premio UPC de ciencia ficción de 2016 con su novela *Éxodo (o cómo salvar a la reina)*.

En cualquier caso, completaré la imagen que puedan haberse hecho de David diciendo que es un toledano afable y muy simpático, que en el poco tiempo que lleva pu-

blicando está dibujando con su trabajo una bonita curva exponencial creciente de éxitos literarios que muchos contemplamos con sanísima admiración, y que una vez tuve la ocasión de compartir cena con él y otros autores en un entorno tan veraniego como idílico, repleto de risas y buenas palabras, y que ninguno tuvimos la más mínima tentación de echarle algo en la fritura de pescado ni de desatarle el cordón de un zapato para que tropezara en el bordillo del paseo marítimo, se rompiera un brazo y tuviera que quedarse sin escribir unos meses (lógicamente, si con un brazo roto hubiera seguido escribiendo es que se habría agenciado un *negro*, lo cual sería legítimo denunciar en las redes sociales).

David es, por tanto, un escritor extremadamente simpático y sin *negro*, con una más que prometedora carrera trufada ya, nada más empezar, de un puñado de reconocimientos y publicaciones que no son la envidia de nadie; solo es que cualquiera haría *algunas cosas poco éticas* por tener algo así, pero las haría imaginaria e inofensivamente, se lo aseguro.

El segundo motivo por el que me he detenido a explicar esta corta, ascendente y brillante trayectoria de David es que tiene parangón con la que el protagonista de este libro, el joven Bastián de la ciudad de Tolte (ese nombre se parece a Toledo, ¿verdad?) seguirá en cuanto a logros personales en las páginas que se disponen a leer en un minuto, en cuanto este prologuista se calle de una vez.

Bastián es la columna vertebral de esta historia, una columna con una fuerza interna que al principio solo se entrevé, pero que resulta suficiente como para que se enganchen a su alrededor, durante cientos de páginas, varios mundos diferentes completos, cada uno con sus propias reglas de juego, muy diversas, y con sus personajes, formando un entramado de músculos, nervios, costillas y otros huesos que el pobre adolescente sustentará con inocencia, motivación y resistencia al fracaso, porque se equi-

vocará bastantes veces, como todos los adolescentes, pero aprenderá de todas ellas, como ya casi ningún adulto, y hará muchos amigos (y algún enemigo) en el trayecto, también con la facilidad con que los adolescentes hacen esas cosas mientras los adultos solo parecemos tener facilidad para hacer enemigos.

Esta novela es una novela de aprendizaje, por tanto. Pero también es más cosas; son, de hecho, varias novelas alrededor de eso.

Todas las historias que este libro contiene se despliegan sobre el lienzo de un mundo postapocalíptico de orígenes poco definidos, en el que se mezclan restos tecnológicos no del todo comprendidos por sus habitantes con resurgimientos de estructuras sociales ya olvidadas en nuestra realidad (como la terrible Inquisición), con criaturas que habitualmente uno suele encontrar más en la ciencia ficción que en la fantasía, con organizaciones que sí son típicas de la fantasía, como los *tennen* que dan título al libro, de habilidades superhumanas e inspiración muy zen, admiradísimas por cualquier adolescente como Bastián y, en fin, con tramas de poder y conspiraciones de esas de derrocar emperadores. David engarza todo ello sin fisuras, como un tapiz castellano en el que, sin duda, ha estado bastante tiempo tejiendo minuciosamente (me consta la cantidad de referencias que ha incluido, así como la intensa documentación sobre asuntos tan agradables como la tortura). Asimismo, lo adorna con una original forma de utilizar términos de cierto barroquismo en una narración contemporánea, lo que, a mí al menos, me hacía imaginar al autor sentado en su lugar de trabajo, la Biblioteca Regional de Castilla-La Mancha, contemplando unas maravillosas vistas desde el Alcázar de Toledo transformadas por su imaginación en el escenario igualmente verosímil de su laberinto *tennen*, mientras que en mi triste despacho no entra nunca más que una brizna de luz. Unas vistas señoriales las que disfruta David que, como sus éxi-

tos literarios, tampoco serán la envidia de ningún escritor, ni de ninguna persona en general, estoy seguro.

Este laberinto de novelas, en definitiva, es una ventana que se abre a un mundo fantástico que ha surgido de la inventiva de un toledano, sin ninguna duda, austero y recio, pero al mismo tiempo en forma de cuento fantástico moderno, lleno de detalles, rincones, habitantes y objetos curiosos que transportarán al joven lector a un viaje paralelo a la vida real pero mucho más interesante, y al lector menos joven a un agradable recordatorio de lo mágico e inocente que una vez pudo disfrutar en los libros de fantasía y que se le ofrece como nueva oportunidad ahora.

Estoy seguro de que David va a seguir abriendo ventanas como esta durante mucho más tiempo. En primer lugar, porque para eso lleva tan poco haciéndolo; no ha podido agotar ni el uno por mil de su inventiva. En segundo lugar, y mucho más importante, porque habrá otros pocos escritores (y muchos más lectores) que lo estaremos animando a que siga, a que saque cada vez mundos más coloridos, consistentes y completos de las habitaciones de su imaginación, a que los explore con distintas voces cada uno pero nos haga verlos siempre con una perspectiva original y toledana, suya solamente; porque queremos que nos haga disfrutar mucho, aun a pesar de todos esos premios y reconocimientos que solo lo van a distraer y que no envidiamos en absoluto.

*Málaga, 24 de septiembre de 2016*  
*Juan Antonio Fernández Madrigal*



## 1. Saurios oníricos

---

**B**astían despertó al experimentar su propia muerte y se incorporó en el catre como catapultado. Jadeaba entre sudores; lo había visto con claridad: el machete sónico impactándole en la cara.

Aunque se restregó los ojos con ganas, el sueño no terminaba de disolverse. Permanecía allí con él, en la oscuridad casi absoluta de su infecto cuartucho. Seguía sintiéndolo, viviéndolo: transcurría en un día de cielo gris. Notaba la montura escamosa bajo él, aplastando el barro con sus enormes garras de pájaro titánico. También era consciente de la adrenalina propia de la batalla recorriéndole el cuerpo; uno, por cierto, mucho más grande y musculoso que el que la naturaleza le otorgó. En la mano izquierda blandía un grandioso espadón enjoyado; en la derecha, un disruptor de calibre mortal. ¿Y cómo podía saber que ese artilugio era un disruptor si jamás había visto ninguno y probablemente tampoco fuera a verlo nunca? La tecnología, y aún más la bélica, estaba vetada so pena capital por la Nueva Inquisición. El caso es que allí se encontraba, en su mano, presto para disparar al enemigo, ese que sobrevolaba el vasto valle de piedra. Oía los graznidos, los gritos de guerra, las deflagraciones, los golpes, los estremecimientos de energía provenientes de la batalla.

No lo pensó mucho más y, aunque el cuerpo extraño quería resistirse a su nuevo huésped —a él mismo—, se sobrepuso a las reticencias y clavó talones en la bestia que ji-

neteaba. Su rugido lo asustó por un momento y se agarró firme y sereno, del modo que solo es capaz alguien experimentado en la monta. Las venas y los tendones del animal se hincharon y de un brinco se lanzó al aire para extender sus fibrosas alas oscuras como velas siniestras de camino a la lucha, al cielo de plomo.

Bastián se sorprendió al recordar un sueño tan vivido e imaginativo. ¡Monstruos voladores! ¡Armas tecnológicas! ¡Contiendas salvajes! Pero allá iba, entre los colosales aleos de la fiera que lo conducía hasta el conflicto en el que cientos de bestias similares a la suya bailaban al son de la muerte. Enseguida hubo de esquivar las trayectorias de varios disparos perdidos y comenzó a sentir en su cabeza los ataques mentales tan propios de sus enemigos. De alguna forma imprecisa supo lo que hacer. Un leve movimiento de manos, aparejado a otro mental, generó una esfera de energía deflectora a su alrededor. Surcaba el espacio inmerso en un pequeño sol translúcido que lo aislaba del armamento energético y las hostilidades cerebrales. Y aunque sabía que tal protección iba a resultar inútil ante los proyectiles físicos o ante cualquier arma blanca, desde luego le daría más opciones de seguir con vida.

Ahí estaban: las espadas, los cuchillos, las pistolas y escopetas remozadas de tiempos pretéritos. ¿Y la Inquisición? ¿Por qué se cruzaba de brazos? Pero la duda era del Bastián despierto; el dormido daba por hecha la amenazadora presencia del arsenal vedado.

*¡Fluuuuuop!* Fue el sonido de un adversario sobrevolándolo a centímetros con ánimo de hendirle el cráneo bajo una maza. Aun a toda velocidad había podido distinguir su voluminoso cuerpo oscuro cargado de tensión. El rostro: inexpresivo, pálido. Pero sabía que no era sino la máscara cerámica que usaban los transfigurantes. Del lado de Bastián bregaban decenas de guardianes que también contaban con armas prohibidas y espadones largos para cercenar cabezas. Otros confiaban más en sus capacida-

des sortilégicas y acometían con los poderes desarrollados durante años en academias tennen, ya fueran esferas ígneas, haces magnéticos o las abstractas agresiones psíquicas que producían destrozos irreversibles. Unos pocos utilizaban arcos de puntería infinita. Espetaban con flechas cubiertas de ponzoña las terroríficas cabezas de los rivales, que caían en picado de sus monturas, volteando ya inertes, y se estrellaban en el valle que pretendían conquistar. Eran guerreros temibles, los transfigurantes, los oscuros, los radiados. Si las armas energéticas dejaban de ser efectivas ante las defensas de los tennen se pasaban a las pistolas y a los rifles, y también a las espadas, a las lanzas, a las hachas, a las mazas... por no mencionar el uso indiscriminado de colmillos y garras y puños. Rugían ensordeciendo a su alrededor para aturdir antes de matar con hojas de acero jalonadas de dientes, o bien a despiadados mordiscos tras lanzarse en salto vertiginoso a montura ajena. Trocaban entonces las caretas de impasible rostro humano por el auténtico de enormes fauces y ojos diminutos.

El festín de muerte alcanzó su punto álgido. Bastián, a la vez que disparaba, asestaba mandobles, esquivaba embates, defendía posiciones y hacía piña con los tennen, refrenó a su bestia para que no se agotara atacando a ciegas ya que, a pesar de los tapaojos, lanzaba furibundos zarpazos y dentelladas al aire en busca de escamas enemigas.

—¡Cuidado, [...a...u]! —le advirtió alguien.

¿Cómo lo había llamado? No lo entendió bien, pero no fue Bastián; fue... fue..., ¿cómo fue? Y ese alguien —un amigo, un hermano... ¿su padre?— alargó un brazo en su dirección, quizá para intentar protegerlo. Entonces ocurrió. Fue muy rápido. El machete sónico le impactó en la cara. Durante escasas décimas de segundo sintió el más agudo de los dolores y después, todo fue oscuridad. ¿Era eso la muerte?

Bastián resopló, buscó en su mesilla la lámpara de aceite y la prendió para que un juego de titilantes luces lo rodeara lamiendo las paredes desconchadas, la manta raída. Sí, estaba despierto, estaba vivo.

Debía de quedar poco para el amanecer; se intuía cierta claridad tras los postigos de madera carcomida. Decidió ir al servicio y echarse agua por la cara tratando así de evitar que el sueño lo atrapase de nuevo en el duermevela. Acercó la llama al suelo de terrazo para alejar a posibles cucarachas –le asqueaban, no quería pringarse con sus tripas por un pisotón desafortunado– y se aproximó al retrete. Abrió el grifo con un chirrido y un golpeteo de cañerías viejas, y se lavó. Después, se asomó al espejo para reconocer su imberbe rostro de ojos azules y pecas traviesas, todavía aderezado con algún grano procaz. En definitiva, la cara de un adolescente a punto de convertirse en hombre.

–Soy Bastián, soy Bastián –se susurró a sí mismo. ¿Cómo lo había llamado aquel en el sueño? ¿Cómo dijo? Y recordó otra vez el brazo estirado que le advertía tarde de lo inevitable–. Soy Bastián, soy Bastián, soy...

La remembranza de la imagen del machete acercándose, mortífero, terminó por despertarlo del todo.



Al mismo tiempo que Bastián, Jolm.Os despertó como electrocutado. Incluso soltó un grito entre ahogos. Tuvo que transcurrir un rato para comprender dónde se encontraba. Solo entonces reparó en la presencia de Veg.Is, su maestro, zarandeándolo para sacarlo del estupor. Distinguió su cara picada de viruela, su pelo ralo, sus ojos cansados, su nariz regordeta, su papada lustrosa.

–Ya pasó, ya pasó –musitaba a su oído.

A Jolm.Os le ardía la frente. La palpó con los dedos en busca del círculo grabado en ella como si temiera que pudiese desaparecer. No, allí estaban los relieves bien marcados. Costaba acostumbrarse a las altas temperaturas que estos podían llegar a alcanzar cuando las transferencias de sueños ajenos llegaban a él.

–¿Has tenido otra? –preguntó su maestro.

–Sí –contestó el muchacho, aún aturdido.

–¿Como las anteriores?

Jolm.Os negó con la cabeza mientras se restregaba los ojos.

–Esta vez ha sido más fuerte.

–¡Eso es estupendo! –exclamó Veg.Is poniéndose en pie con dificultad. Se frotaba las manos—. Nos estamos acercando.

Jolm.Os esbozó una sonrisa. Por un momento, había imaginado a su impasible maestro bailando de júbilo alrededor del fuego como en alguna ceremonia ancestral. Fue cuando se percató de que la lumbre agonizaba entre cenizas y que el sol estaba próximo a mostrarse por el horizonte. En él ya se recortaban los muros de la ciudad antigua, donde residían las élites, y las ruinas de los rascacielos y edificios que conformaban los arrabales.

El mordedor, que con tanto jaleo también se había despertado, se acercó hasta el muchacho todo lo rápido que le permitía su rechoncho cuerpo y comenzó a olisquearlo, como si quisiera descubrir con su sentido hiperdesarrollado qué le pasaba a su amo. Entre respiraciones agónicas que se escapaban por las hileras de sus gigantes colmillos –entrecruzados sin remedio fuera de la boca– el bicho llegó a la conclusión de que no debía preocuparse. Terminó escudriñando con sus ojillos el rostro de Jolm.Os, que lo acarició, y después el de Veg.Is, que lo ignoró, para finalmente decidir, pegando su espantoso hocico al suelo, volver al lugar donde había pasado la noche: junto al fuego.

–Vamos, atiza la lumbre –pidió Veg.Is. Su emoción parecía haberse aplacado.

Jolm.Os se levantó sin rechistar y se acercó hasta unos arbolillos. Regresó enseguida con leña y una vara a modo de hurgón. Tras avivar las llamas, los dos se sentaron a esperar en silencio la salida del sol. Cruzaron las piernas, extendieron la columna, recogieron la barbilla, entrecerraron los ojos y se quedaron como en trance, respirando despacio. Pasados unos minutos, con el cielo teñido de rosa, colocaron las manos a la altura del corazón igual que si fueran a rezar y se inclinaron respetuosos.

–Voy por las salchichas –indicó el joven dibujando su sonrisa característica–. Me ruge el estómago.

Veg.Is sacó la sartenilla, el pan y el odre, y ambos se pusieron a preparar el desayuno. El mordedor, al barruntar el asunto, volvió a incorporarse sacudiendo un minúsculo apéndice a modo de rabo como toda señal de ansiedad. Abría y cerraba la boca despacio; en ella podía haber cualquier cosa.

Jolm.Os, mientras mascaba, arrojó una salchicha a las fauces del animal.

–Entonces, ¿crees que es él? –preguntó a su maestro.

–Hum. Muy probablemente –contestó entre bocado y bocado–. Todos los indicios parecen apuntarlo. Además, tú lo acabas de ver.

–Bueno, tampoco sé muy bien lo que he visto. Al fin y al cabo, son solo sueños.

–Sí que lo sabes. –Disparó un chorro de vino a su boca.

El muchacho quedó en silencio un instante mirando a lo lejos, al clarear del día. Sacudió la cabeza.

–Lo único seguro es que nos está llamando –resolvió al fin–. En cualquier caso, con las pruebas saldremos de dudas. Esas nunca fallan, ¿no?

–Todo falla alguna vez.

Un gruñido lastimero instó a Jolm.Os a dar otra salchicha al mordedor. Después, se limpió la boca, se sacudió las migas y se acercó hasta las bolsas de piel desgastada. Tenía que comprobarlo. De entre ellas extrajo un maletín negro magullado por una vida de ajetreo y le dio unos golpecitos, satisfecho. Veg.ls remataba el pan; habló con la boca llena:

–Tranquilo, muchacho. Calma tu emoción y ayúdame a recoger esto.

Enseguida estuvieron dispuestos para continuar su andadura con los petates al hombro. El sol iluminaba las llanuras pajizas que los separaban de la ciudad; miraron hacia sus distantes formas.

–¿Cuánto calculas que queda para llegar a Tolte, maestro?

–Difícil de precisar, pero las cuatro horas no nos las quita nadie. Lo más importante en este momento es disfrutar del camino que nos resta. No debes ir más allá de él con tu mente. ¡Disponía junto a tu cuerpo!

Jolm.Os asintió y tomó aire con fuerza.

–Así será –dijo, y echaron a caminar con el mordedor roncando tras ellos.